

## JERONIMO DE AGUILAR

Comunicación de

D. TOMAS BEVIA ARANDA

Desde la cumbre bravía  
que el Sol indio torasola  
hasta la selva africana  
que a sus soldados inmola  
en torpe sangrienta guerra,  
sin una tumba ecijana  
no hay un pedazo de tierra ...

Podemos decir con absoluta rotundidad, plagiando los inmortales versos del poeta jiennense, Bernardo López García. No podía faltar un ecijano, un gran ecijano en la máxima hazaña española, la del descubrimiento y evangelización del Nuevo Mundo.

El Padre Roa, que escribió la Historia de los Santos Ecijanios, lleno de admiración por nuestro héroe, dice textualmente:

“Ya que me hallo escribiendo los triunfos que ganaron los ciudadanos de Ecija, derramando su sangre por Cristo, no será razón pasar adelante, sin dejar memoria de los que fundaron su fe en el Nuevo Mundo del Occidente, que si uno de los más aventajados y gloriosos títulos de alabanzas que por su beneficio del cielo tiene España sobre todas las naciones del orbe, es haber llevado las banderas de la fe a regiones tan apartadas del oriente y poniente, gran parte de esta gloria cabe a la ciudad de Ecija, pues un ciudadano suyo fue instrumento de la conversión de aquella parte del Nuevo Mundo conocida por el imperio de Méjico, y de su reducción a la corona de España. el cómo, suceso fue raro, disposición de la Divina Providencia; glorioso para con Dios, para la nación española, a quien reservó su Divina Majestad para esta empresa”.

Algunas personas parece que nacieron con un destino henchido de lances novelescos. Por eso también el ejemplo de nuestros conquistadores de América cala más hondo en el corazón de la juventud. A veces el historiador de estos seres humanos siente la tentación de tomar el personaje histórico por su cuenta, esa personalidad tan rica, tan llena de extraordinarias cualidades, y dejándose llevar de la fantasía, prescindiendo de la realidad, escribir una novela de aventuras en la que no faltarían todos los alicientes de este género de obras ... Selvas vírgenes, tesoros, ríos que arrastran arenas de oro, aves

exóticas de plumajes desconocidos y de no escuchados cantos, naufragios, encarnizadas batallas, indios tocados de plumas multicolores, flechas envenenadas ... Pero en el caso de Jerónimo de Aguilar, no es posible novelizar, porque la realidad y la maravilla de su vida sobrepasa la imaginación más exaltada y ardiente, y está toda ella iluminada por un rayo de ilusión y envuelta en luces de amaneceres y primaveras.

Corría el año 1489; en el hogar de un alfarero de Ecija nació un niño a quien pusieron por nombre Jerónimo. Este chaval aceptó el llamamiento divino y comenzó los estudios del sacerdocio. Mostró gran facilidad en el aprendizaje de los idiomas, asimilando perfectamente el latín; fue ordenado de menores.

Pero al otro lado del Atlántico había surgido un Nuevo Mundo, y en el había almas que salvar, territorios para ensanchar el mapa de España, y un buen día Jerónimo atravesó el océano con el corazón lleno de generosos impulsos, y el espíritu repleto de sueños de zafiro. Ya en Santo Domingo se embarcó con rumbo al Darién, formando parte de una expedición capitaneada por Diego de Nicuesa, natural de la ciudad jiennense de Baeza. A este andaluz el Rey Fernando le había concedido el derecho a la colonización de la citada región del Darién, según el plan de descubrimientos y colonización acordado por los principales navegantes y descubridores. Zarpó de la dicha isla el 18 de noviembre de 1509, y tras un horrible naufragio consiguió arribar al istmo de Panamá, donde fundó la ciudad de Nombre de Dios a principios de 1510.

El hecho culminante en la vida de Jerónimo fue el de haber trasmitido el mensaje de Cristo a miles de mejicanos, y el indudable éxito al realizado directamente en los dialectos de los indios. Esta perfecta asimilación del idioma mejicano fue adquirida por nuestro héroe en su larga permanencia en una tribu indígena, después de ser hecho prisionero por nativos. El cómo tuvo lugar fue el resultado de un dilatado proceso en el que intervinieron otros personajes, extrañas circunstancias y procesos. Antes de llegar al fondo de esta singular hazaña, parece conveniente reseñar las expediciones de Nicuesa, Ojeda, Balboa y Fernández de Enciso, y la fundación de Santa María la Antigua, donde se desarrollaron las luchas por el mando que originaron el embarque forzoso de Nicuesa y Jerónimo de Aguilar, destierro que acabó con el naufragio, la muerte de unos en el mar y otros en banquete de antrófagos, y la prisión del resto de los expedicionarios.

Al mismo tiempo que Nicuesa fue también autorizado Alonso de Ojeda para la colonización de la región del Darién. El reparto de esta zona quedó decidido así: la parte de Ojeda se extendía desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, actual Colombia, comenzando en este punto la jurisdicción del baezano, que subía hasta el cabo de Gracia a Dios. De España habían partido juntos ambos conquistadores para poblar las comarcas antes señaladas, en tierra firme, con ocho bajeles bien pertrechados. Hasta entonces sólo se habían fundado ciudades en las islas. La isla está naturalmente

cercada por el mar, y en éste los españoles con sus barcos dominaban. Pero la Tierra Firme sin límites conocidos, poblada quizás por millones de hombres, con altísimas montañas, era poco propicia para establecer poblados europeos. Hicieron escala en Santo Domingo; allí Nicuesa y Ojeda riñeron por cuestión de intereses, llegando a las manos. El Gobernador, Don Diego de Colón, logró apaciguarlos, pero al fin se separaron, quedándose Ojeda con tres navíos con los cinco restantes. El bachiller Fernández de Enciso partiría después con una novena nave, para reunirse con Ojeda, con elementos de la isla.

En la expedición de Fernández de Enciso figuraba un polizón de excepción, Vasco Núñez de Balboa, que huía de Santo Domingo, acosado por sus numerosos acreedores. No fue admitido en el pasaje; pero sus amigos, entre ellos, Bartolomé Hurtado, lo encerraron en una barrica, y dentro de ella pasó las primeras horas de la travesía. Ya en pleno viaje salió de la barrica, y se presentó a Fernández de Enciso que lo admitió aunque a regañadientes. En su recorrido sufrieron naufragios y ataques de los indios. En las luchas destacaba con mucho el valor y el arrojo de Balboa. Al final, encontraron un paraje excepcional, un valle magnífico que habitaba una tribu de indios a las órdenes del cacique Camaco. Los españoles quisieron pactar con ellos; pero éstos dejando sus bohíos, se situaron en plan de pelea en las lomas próximas. Y comenzó una cruenta batalla, en la que como siempre brilló el valor de Balboa. Vencedores los españoles, se quedaron allí y fundaron un poblado, al que bautizaron con el nombre de Santa María la Antigua, en honor y recuerdo de una hermosa imagen muy venerada en Sevilla.

El lugar de esta fundación era el más a propósito de aquella comarca; el paraje les pareció a nuestros aventureros el más bello y saludable de cuantos llevaban descubiertos en el continente americano. Llano, fértil, abundante en árboles frondosos, soberbios ahuehuetes, altos habas, cuya sombra preferían los indios, por estimar que este árbol daba fresca y salud. La tierra era excelente para cultivos; había en el valle muchas palmas de dátiles, cocoteros, guayabos, mamugos, guanábanos y otros árboles de fruta dulce y sabrosa. En el río, de aguas cristalinas, orillado de cañaverales y mimbreras, se cogía abundante pesca, y en los montes vecinos, buena caza. El río Darién nace en la cordillera de Anserma, a unos trescientas leguas del valle escogido por los descubridores. Toda la tierra cubre en grandes extensiones, y convierte parte de los campos en lagunas. Con ello se multiplican sus brazos y acaba por verter su caudal en el mar por varias bocas.

Todo marchaba bien en la naciente colonia; pero en aquel incipiente paraíso empezó a florecer la discordia; Fernández de Enciso gobernaba aquella porción de héroes con mano durísima, y por otra parte, muchos de los habitantes del pequeño pueblo admiraban las dotes de mando de Balboa, que parecía nacido para el caudillaje,

cosa que demostró claramente en las luchas contra los indios. El fue también el que descubrió aquel fantástico paraje que colonizaban. Y surgió potente el malestar y el descontento entre las dos facciones que inevitablemente se formaron.

La expedición de Diego de Nicuesa de la que formaba parte Jerónimo de Aguilar, había tenido mala suerte. Esto se supo en Santo Domingo, y un amigo personal suyo, Don Rodrigo Enríquez de Colmenares aprestó dos carabelas y se dirigió a socorrerle. Pero equivocó el rumbo, por haber tenido siempre el viento en contrario, y se internó, buscando refugio en el golfo de Urabá.

Una hermosa mañana despertaron los habitantes de Santa María la Antigua, inquietados en su sueño por un insólito ruido. Los colonos acudieron presurosos a la playa y en la parte oriental del golfo vieron que se levantaban grandes humaredas. ¡Son cañonazos! ¡Son cañonazos! gritaban. Debe navegar por ahí alguna carabela que nos hace señales. Entonces ellos encendieron piras, y sobre la leña arrojaron hojas verdes para que se levantara mucho humo, con el fin de llamar la atención de los navegantes. Las señales dieron el fruto deseado pues pasadas unas horas fondearon en las ensenada de Santa María las dos carabelas que comandaba el amigo Nicuesa. La llegada de las carabelas pareció providencial a los colonos, que ellos también estaban en circunstancias difícilísimas, se hallaban casi sin ropa, sin comida, casi desarmados, y por su fuera esto poco, divididos por la cuestión del mando. Precisamente las carabelas venían cargadas de comestibles, armas y ropa, y aunque estaban preparadas para las huestes de Nicuesa, Colmenares las repartió en aquellos compañeros tan necesitados de todas estas cosas. Fue un día grande en la colonia. Habiendo sabido la disputa por el mando, Colmenares propuso que la jefatura fuera entregada a Nicuesa; puso esta condición antes de entregarles los víveres. Se comió, se bebió y se abrazaron colonos y marineros. Acordaron fletar la mejor carabela e ir en busca de Nicuesa. En ella embarcaron Colmenares y dos colonos de Santa María, a los cuales acompañaron naturalmente los tripulantes y algunos soldados. Encontraron a Nicuesa en un punto de la costa de Veragua en tristísima situación. De siete barcos que tenía cuando partió de Santo Domingo, sólo le restaba un mísero bergantín, y de los ochocientos hombres que partieron de aquella isla, quedaban solamente setenta. Esperaban resignados en el poblado de Nombre de Dios que les llegara la muerte, cuando llegó oportunísimo Colmenares. Este los recogió y trasladó a Santa María la Antigua. Pero la extrema debilidad y la sensacional alegría de verse salvado y encumbrado hicieron perder el juicio a Nicuesa. No se explica de otro modo que al llegar al Darién y ver que le daban el mando de trescientos súbditos, comenzara a decir que iba a imponer castigos ejemplares, que quitaría cargos a los que los hubieren adquirido sin haber contado con su voluntad, que nadie podía guardar oro en tanto él no averiguara como había sido adquirido, que lo mismo a Enciso que a Balboa los cargaría de cadenas, y, en fin, que su

propósito era gobernar con mano dura, para hacer que entraran en razón aquellos a quienes él consideraba unos aventureros desmandados. Ante tantas amenazas, ante aquel descabellado programa de gobierno, surgió primero la inquietud y después la indignación, de tal modo que hasta el mismo Colmenares opinara que debía hacer de nuevo a Nicuesa a la mar para conducirlo a Santo Domingo o a España, donde él mismo eligiera.

Muy tarde comprendió Nicuesa lo disparatado de sus palabras, y humillado empezó a pedir misericordia. Indudablemente obedeció su arrebató a una crisis nerviosa, a una pasajera enajenación mental. Juan de Caicedo parecía el más empeñado en que se condenara a su capitán; sus implacables jueces dieron orden de que se dispusiera el barco que había de alejarlo de allí. Finalmente fue embarcado en un bergantín con otros diecinueve, entre éstos, Jerónimo de Aguilar que siempre le permaneció fiel.

Zarpó el bergantín con Nicuesa y su último cortejo. No terminaron aquí las desdichas de aquellos aventureros. El bergantín naufragó junto a Jamaica, al chocar de través con una carabela. Los veinte hombres tuvieron que acomodarse en el batel, que era el único bote salvavidas de que disponía el bergantín. De ellos, siete murieron en el mar; los trece restantes tomaron tierra en la provincia de Maya. Allí los hicieron prisioneros los indios y los entregaron a su feroz cacique. Este salvaje sacrificó a uno de los presos a sus dioses y comenzó a devorarlo; otros cuatro constituyeron un banquete para los criados y amigos. Los restantes quedaron para el plato del siguiente día. pero Jerónimo y los otros siete supervivientes todavía disponían de una noche. Y ellos supieron aprovechar las sombras de aquella que se había determinado fuera la postrera de su vida para huir. Lograron salir del bohío que les servía de cárcel. Y caminando entre tinieblas y espesísimas selvas consiguieron una momentánea libertad. Al clarear fueron descubiertos por las avanzadas de otra tribu de indios y fueron de nuevo hechos prisioneros, pues no podían defenderse inermes como iban. Sus aprehensores los llevaron ante su jefe, enemigo de su anterior anfitrión; se llamaba Cáreta y trató a sus prisioneros con benevolencia. Jerónimo y sus camaradas se acomodaron perfectamente a su nueva vida, aceptando la nueva situación y asimilando totalmente sus costumbres y género de existencia. Se desprendieron de sus vestidos europeos, se desnudaron, se pintaron con bija el cuerpo de rojo, y se tocaron con plumas multicolores. Poco a poco aprendieron su idioma y se conducían como miembros de la tribu. Vivían en bohíos, contruidos con troncos de árboles, cubiertos de paja o de yagua, sobre pilotes que sostienen el entarimado para evitar la humedad dormían en hamacas hechas de mantas de algodón, cuyos cabos de fibra de cabuya y hanequín eran flexibles y resistentes como las cuerdas de cáñamo; abundaban las pieles de pumas cazados en las sierras próximas. para preparar sus comidas abrían hoyos en el suelo y en su fondo encendían fuego;

gruesas estacas formaban en la boca del hoyo una especie de parrilla sobre las cuales asaban la carne y el pescado. No les quitaban la piel a los animales que cazaban, sino que simplemente los descuartizaban antes de asarlos. Las mujeres, de poca estatura, no eran mal parecidas, a pesar de lo chafado de sus narices y a la excentricidad de sus pinturas; vestían sayas cortas de algodón, de diferentes colores; llevaban adornos de oro en el pecho, en los brazos y las piernas. Ceñían su cuello con la chaquira, sarta de conchas mezcladas con cuentas de oro y olivetas y de sus orejas y nariz pendían zarcillos, adornos que también los hombres usaban. Los cabellos muy crecidos estaban cortados sobre la frente, y sus dientes eran hermosos y muy blancos.

Jerónimo y sus compañeros fueron llevados al palacio del cacique. estaba también edificado sobre pilotes y era espacioso; rodeábanlo por completo una especie de muralla construida con piedras ciclópeas bien labradas y unidas perfectamente sin argamasa alguna; tenía las paredes de madera labrada, amplios ventanales, escaleras de bajuco; la cubierta era de paja reforzada por cañas e inclinada en dos lados. Lo que más admiraron los prisioneros fue el salón principal y sobre todo, el techo de madera que parecía artesonado, que los indios habían elaborado trabajosamente con sus pedernales y unos dientes de culebra que les servían de buril. Las maderas que para eso usaron todas finísimas, predominando la caoba y el palosanto. Se servían de esclavos, todos ellos prisioneros de guerra, y para distinguirlos de los ciudadanos de plenos derechos, les arrancaban un diente o tenían en la frente la cicatriz de haberles aplicado sobre ella un tizón ignominioso. Sin embargo, ni Jerónimo ni ninguno de sus compañeros no sufrieron esta humillación, sino que pronto fueron considerados como habitantes natos del poblado.

En un departamento del palacio estaban alineados numerosos cadáveres momificados que eran los antepasados del cacique. Estaban apoyados en fila, y adornados con grandes penachos, tal como si fueran a marchara la guerra; porque era costumbre entre ellos adornarse con plumas, sobre todo cuando iban al combate.

El valiente Hernán Cortés había salido de Yucatán con dirección a la isla de Cotoche. Todo iba bien hasta aquel momento; la nave en que iba Pedro de Alvarado comenzó a hacer aguas, y tuvieron que desembarcar en la isla de Acazamiñ. en ella se encontraban los españoles cuando sucedió algo maravilloso y realmente extraordinario. Era la mañana del primer domingo de cuaresma. Un viento suave arrancaba misteriosos sonidos en la espesura de plátanos y tamarindos, mientras permanecían enhiestas las numerosas y majestuosas palmas reales. El mar rompía dulcemente sus olas con empuje leve y somnoliento rumor. Desde la espesura los soldados españoles divisaron una canoa, una pequeña nave en forma de arteza que solían usar los indios por aquellas latitudes. La débil nao llegó a la orilla y de ella descendieron cuatro indios. Iban casi desnudos, pintada de rojo la piel y cubiertas las cabezas con plumas de colores diversos.

Llevaban arcos y flechas y parecían avanzar en son de guerra. Los españoles desenfundaron sus espadas. Entonces se adelantó uno de los al parecer salvajes y les preguntó en correctísimo castellano; “Señores, ¿sois españoles?” -Sí, y también cristianos, respondieron ellos, llenos de admiración, al escuchar a un indio que hablaba con tanta perfección su idioma. Arrojóse entonces el indio de hinojos en tierra, y con lágrimas en los ojos y levantadas las manos al cielo, exclamó: Dios mío, te doy gracias de todo corazón a Ti que me has sacado de los infieles bárbaros y me has traído junto a los míos que son los tuyos.

Es natural que los soldados españoles se quedaran de una pieza, atónitos ante lo que contemplaban sus ojos: un indio rezando de rodillas, invocando al Dios verdadero y hablando en perfecto español. Y cuando terminó su piadosa oración, él que tantas veces se había repetido para confortar su espíritu textos de la Sagrada Escritura en los momentos tensos de los naufragios, de las batallas, en las largas esperas a ser descuartizado y devorado por seres humanos ... “Aunque camines por cañadas oscuras, no temas, yo te salvaré”.

El les dijo emocionado: Me llamo Jerónimo de Aguilar, nací en Ecija, y siguió contándole todas sus numerosas aventuras y desventuras, con todos sus extraordinarios detalles. Ahora se sentía de nuevo feliz, al encontrarse con los suyos. De todos sus compañeros sólo sobrevivía uno, muertos los otros seis, Gonzalo Guerrero, casado con una india muy rica que avergonzado por llevar taladradas las narices al uso de la tierra no quiso venir con Jerónimo.

Los interlocutores sintieron escalofríos ante el hecho de que existieran humanos que devoraban a seres de su misma especie, y se llenaron de alegría al haber encontrado a un hombre que dominara al mismo tiempo el español y los dialectos de los indígenas americanos.

Cuanto antes lo llevaron ante el superconquistador Hernán Cortés que se entusiasmó grandemente con la dicha de Jerónimo y el hallazgo de un magnífico intérprete. Y lo sensacional es que Hernán Cortés lo primero en que pensó en utilizar a Jerónimo fue en la propagación de la fe. Hasta entonces los misioneros para la evangelización de los indios empleaban la táctica de enseñarles primeramente el español y después el catecismo. Jerónimo disponía de una llave mejor para abrirles las puertas de Cristo. El mensaje divino llegaba a sus mentes por el camino más directo: la palabra en su propio idioma. San Pablo se hizo pobre con los pobres, pequeño, con los pequeños, se hizo de todo para ganar a todos para el Señor; Jerónimo se hizo indio para llevar a los indios a Jesús. Sus frutos misioneros fueron rápidos y grandiosos. Les instaba a que se amaran unos a otros, y se apartasen de ofrendar sacrificios humanos y de devorarse entre sí. Todavía hay enemigos de España que afirman que nuestra Patria

redentora obró mal al impedir que aquellos salvajes se desviaran de su género de vida, que hubiera sido mejor haberlos dejado seguir la evolución de sus terribles costumbres, olvidando que si ellos pueden vivir actualmente en América es debido a que los españoles les redimieron de su salvajismo y de su antropofagia.

Ya el día siguiente de su desembarco comenzó Jerónimo su predicación; el resultado fue una conversión en masa. La multitud enardecida derribó sus ídolos, recibieron la cruz y la adoraron, y cobraron gran devoción a Nuestra Señora la Virgen María, ante una piadosa imagen que había traído consigo Hernán Cortes. De este modo Jerónimo no sólo les infundía el amor a Dios, sino también a su Santísima Madre, fervor que los mejicanos sienten por la Virgen de Guadalupe.

Fué el primer domingo de Cuaresma cuando logró Jerónimo su libertad desembarcando en terreno conquistado por Hernán Cortes. El domingo de Ramos de aquel mismo año tuvo lugar el gran acontecimiento de la dedicación del primer templo católico en tierra firme del Nuevo Mundo. Sucedió en la población mejicana que hoy se llama Victoria y en aquellos tiempos Potouchan. Los indios destruyeron las esculturas de sus falsos dioses, cuyos rostros le parecía a Jerónimo que eran semejantes a la cara del Satanás que yace derrotado a los pies del San Miguel de su pueblo, y los bajorrelieves que decoraban la gran pirámide, que constaba de cinco plantas constituyendo extensas terrazas, y en la cima una grandiosa explanada a la que se subió por una colosal y grandiosa escalinata. En la plataforma donde antes se hacían cruentos sacrificios humanos y se ofrendaban corazones palpitantes recién arrancados de vírgenes, se celebraba ahora la Santa Misa.

Era un espectáculo grandioso ver ascender por la excelsa escalinata centenares de indios con sus cabezas adornadas por plumas multicolores de exóticas aves, portando en sus manos ramos de airosas palmas reales; en medio de una devoción intensa, casi maciza, el sacerdote celebró el santo sacrificio incruento de la Eucaristía, levantando en los aires la Sagrada Forma, desde aquellas alturas que les acercaba a las estrellas ... A Jerónimo de Aguilar, y con él, a Ecija le cupo el altísimo honor de dedicar por vez primera un templo al Dios Infinito, tres veces Santo, en un continente nuevo, virginal, recién descubierto, con almas recién abiertas a la verdadera fe ...

Hay una Virgen de Guadalupe en España, hay una virgen de Guadalupe en Méjico, ¿cómo así? Esta es la explicación: en el misionar de Jerónimo estaba siempre presente una imagen de Nuestra Señora que Hernán Cortés había llevado al Nuevo Mundo; naturalmente esta imagen era de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de Extremadura, cuna del insigne conquistador de Méjico. Jerónimo de Aguilar propagó esta devoción entre los indios. Para ellos, la Madre de Dios era la Virgen de Guadalupe. Por eso, al aparecerse la Reina del Cielo ante Juan Diego, para identificarse exclamó

María Santísima: “Yo soy la Virgen de Guadalupe”, nombre por el que la conocían los mejicanos convertidos.

En 1527 el Rey concedió a Jerónimo de Aguilar varias encomiendas al Norte del Valle de Méjico. Murió en la capital de este gran país en 1531.

Escribí estas pobres líneas sobre el gran conquistador y misionero ecijano impulsado por la Admiración y cariño que siento hacia la linda Ciudad del Sol. Y es que amando entrañablemente a mi madre, Andújar, quiero a Ecija como a una novia.